

La fe de Moisés (11:23-29)

La fe que mira al invisible, la intrepidez de la fe. v. 27

Introducción:

Las cualidades de la fe que persevera hasta el fin son múltiples y éstas deben encontrarse en cada creyente. Ya hemos visto, en el ejemplo de Moisés, cómo la verdadera fe es osada y lo arriesga todo con el fin de cumplir con la voluntad revelada de Dios. También vimos cómo la fe es capaz de abandonar todos los honores, glorias y riquezas de este mundo con el fin de ganar a Cristo, la perla de gran precio.

Ahora, en el verso 27, veremos cómo la fe tiene la capacidad de sostenerse firmemente frente a los terrores y miedos que provienen del asecho de los hombres, porque ella ha recibido la gracia del Espíritu Santo para mirar a aquel que es nuestra fortaleza y tomar de él el valor para vencer nuestros temores.

Los hombres, por naturaleza, somos temerosos y al enfrentarnos con enemigos, sean estos espirituales o humanos, el miedo nos asalta y somos grandemente afectados. Los receptores de la carta a los Hebreos estaban invadidos de terror a causa del desprecio y la posible persecución que le estaban causando sus congéneres judíos. Algunos podían ir a la cárcel, otros perderían sus empleos, otros serían desechados por sus familiares y amigos, mientras que otros sufrirían azotes y maltrato físico. Ellos estaban siendo presionados para que abandonaran de plano la fe cristiana y regresaran al judaísmo. Es posible que algunos maestros judaicos estuvieran diciéndoles que si ellos persistían en seguir a Cristo, se perderían todas las bendiciones que tiene el judaísmo, siendo esta la religión que instauró Moisés.

Hablando humanamente, ellos tenían razones para estar temerosos, pero el autor quiere resaltar que si ellos ya conocieron la gracia de Dios a través de Cristo, entonces han recibido la clase de fe que tenía Moisés, el cual también puso la mirada, no en la religión judaica, sino en Cristo, y por lo tanto, tuvo el arrojo para no temer la ira de los hombres y mantenerse fiel al Invisible.

“Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del Rey; porque se sostuvo como viendo al invisible” v. 27

El ejemplo de la fe que ahora presenta nuestro autor tomado de la vida de Moisés, ha implicado una dificultad histórica; pues, se trata del episodio cuando Moisés dejó a Egipto; pero nosotros sabemos que hubo dos ocasiones en las cuales se dio este hecho. La primera ocasión fue cuando Moisés huyó luego de haber matado a un egipcio que maltrataba a un esclavo hebreo (Éx. 2:14-15) y la segunda ocasión, ocurrió cuarenta años después, cuando Moisés regresa del desierto enviado por Dios para enfrentarse al Faraón, y luego de muchos encuentros en los cuales el poder de Dios se manifestó, Moisés sale de Egipto para siempre con el pueblo del Señor.

Muchos comentaristas bíblicos creen que el autor de Hebreos se refiere en este texto a la primera salida de Moisés de Egipto, pero el inconveniente que otros comentaristas ven es que en esa ocasión Moisés huyó de Egipto porque tenía miedo: *“Entonces Moisés tuvo miedo, y dijo: Ciertamente esto ha sido descubierto. Oyendo Faraón acerca de este hecho, procuró matar a Moisés; pero Moisés huyó de delante de Faraón, y habitó en la tierra de Madián”* (Éx. 2:14-15). Ahora, si Moisés tenía miedo, entonces no puede ser esta la ocasión mencionada por el autor de Hebreos, ya que él dice que por la fe Moisés no tuvo temor de la ira del Rey.

En virtud de lo anterior otros comentaristas creen que este texto hace referencia a la segunda salida de Moisés, luego de celebrar la pascua, cuando inicia el éxodo con el pueblo hebreo hacia la tierra de Canaán. En esta oportunidad Moisés no fue impulsado por el miedo para salir de Egipto. Pero el inconveniente que algunos ven es que, siendo que el autor lleva una secuencia histórica, no encajaría en este momento la salida de Moisés para iniciar el éxodo, porque el ejemplo de fe que sigue en el verso 28 es la pascua, la cual sucedió antes de la salida final de Moisés y del pueblo.

Es mi parecer que el autor sagrado está tomando la vida total de Moisés como un ejemplo de lo que es ser una persona de fe, de manera que no encuentro inconveniente en tomar las dos salidas de Moisés como modelos claros de lo que debe ser la intrepidez de la fe

perseverante. En sus dos salidas de Egipto, Moisés mostró valor y confianza en Dios, desestimando el temor que podía causar la ira de los hombres.

Moisés tuvo temor del Faraón en la primera ocasión en la cual salió de Egipto debido a que él quiso hacer a su propia manera lo que consideraba era su deber, es decir, asesinó a un egipcio en venganza de sus hermanos; pero esta no era la manera en la cual Dios le utilizaría para ser el libertador, sino que con mano poderosa y divina serían librados de sus enemigos. Moisés sabía que Dios le había destinado para hacer una gran obra a favor del pueblo, pero a los cuarenta años de edad aún no estaba preparado ni había recibido las instrucciones de cómo Dios lo usaría para liberar al pueblo, no obstante, él se apresuró a hacer cumplir el sueño de libertad y asesinó a un egipcio; pero su propio pueblo, el cual él pensaba que reconocería su liderazgo y le pondrían como su caudillo principal, le rechazó y no lo aceptó como un líder entre ellos: *“Cuando hubo cumplido la edad de cuarenta años, le vino al corazón el visitar a sus hermanos, los hijos de Israel. Y al ver a uno que era maltratado, lo defendió, e hiriendo al egipcio, vengó al oprimido. Pero él pensaba que sus hermanos comprendían que Dios le daría libertad por mano suya; mas ellos no lo habían entendido así. Y al día siguiente, se presentó a uno de ellos que reñían, y los ponía en paz, diciendo: Varones, hermanos sois, ¿por qué os maltratáis el uno al otro? Entonces el que maltrataba a su prójimo le rechazó, diciendo: ¿Quién te ha puesto por gobernante y juez sobre nosotros? ¿Quieres tu matarme, como mataste ayer al egipcio? Al oír esta palabra, Moisés huyó, y vivió como extranjero en tierra de Madián, donde engendró dos hijos”* (Hch. 6:23-29).

Aunque Moisés experimentó miedo en la primera ocasión en la cual sale de Egipto, este no es el terror de quien huye despavorido de un enemigo o de un peligro, sino el actuar sabio de quien no arriesga innecesariamente su vida. Moisés había actuado precipitadamente al matar al egipcio, y ahora se podía desatar una revuelta de parte de los esclavos lo cual generaría una reprimenda aplastante de parte del imperio; pero el punto culmen para la liberación de Israel aún no había llegado, de manera que Moisés, por la fe, puede ver el escenario completo y sabe que lo mejor, en ese momento, es huir de la persecución del

Faraón a otras tierras, para luego regresar y entonces, sí, enfrentarse sin temor alguno ante este enemigo del pueblo de Dios.

La fe de “Moisés tuvo la grandeza y el valor de esperar a que Dios dijera: <Ahora es el momento>”¹. Él comprendió que todavía no estaba preparado para ser el líder en el pueblo de Dios. Actuó precipitadamente como líder y las cosas no salieron bien, debía esperar el tiempo propicio. Moisés aprendió, a través de la experiencia, que para fungir como líder o guía en el pueblo de Dios se necesita tiempo de preparación, y pudo esperar cuarenta años más para regresar a Egipto como el verdadero ministro del Dios del cielo. El apóstol Pablo instruye a la iglesia diciendo que nunca debíamos poner en el ministerio a un varón inexperto: “*No un neófito, no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo*” (1 Tim. 3:6).

La segunda vez que Moisés sale de Egipto, y esta vez de manera definitiva, no había miedo ni temor ante la ira del rey porque Moisés estaba en la voluntad de Dios y la fe había esperando pacientemente en la gracia divina y en los medios que Dios había escogido. Moisés, en esta ocasión, no tuvo temor, porque ahora actuaba dirigido por la Palabra de Dios. En el desierto Dios le capacitó para ser el ministro para la liberación de Su pueblo. Fue una capacitación extensa, cuarenta años, pero la fe de Moisés le llevó a esperar pacientemente. El sabía que Dios le había llamado para un trabajo especial, pero ahora no se apresuraría a adelantar el tiempo establecido por Dios para el inicio de su poderoso ministerio. Moisés aprendió lo que muchos jóvenes deben aprender hoy, que los grandes logros de la vida no se obtienen de un día para otro sino que, en muchas ocasiones, esto se da en los días maduros de la vida, luego de haber pasado por un largo tiempo de formación a través del estudio y la experiencia.

Ahora, ¿cómo se evidenció la fe intrépida de Moisés en la segunda y final salida de Egipto? Nuestro texto dice que “*Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del Rey*”. Salir de este país no era algo fácil, pues, intentar hacerlo implicaba despertar la furia del malvado faraón. Los egipcios se habían aprovechado de los esclavos hebreos para hacer el trabajo pesado y más difícil en su propósito de edificar grandes construcciones, de manera que lo

¹ Barclay, William. Comentario al Nuevo Testamento. Página 917

más conveniente era mantener al pueblo oprimido dentro de sus fronteras. Dejarlo partir significaba no contar más con mano de obra gratis.

Pero Moisés, en sus cuarenta años de formación en el desierto, había tenido una visión del Dios de la gloria en medio de una zarza ardiente que no se consumía (Ex. 3), en la cual el Señor le habló y le dio instrucciones para que regresara a Egipto y se enfrentara al temible Faraón ordenándole que dejara salir al pueblo del Señor de sus tierras. La tarea que Moisés había recibido no era nada fácil. Él, un humilde pastor de ovejas, debía enfrentarse al más poderoso rey de su tiempo, y esto sin ejército, ni embajadores, ni riquezas. Parecía ser una lucha desigual, y lo peor es que Moisés, al principio, había pensado que la liberación vendría como resultado de la lucha armada, pero según los propósitos de Dios no se utilizaría ningún armamento bélico.

Lo único que Moisés debía hacer era ir al poderoso Faraón y ordenarle que dejara salir al pueblo, así de sencillo. ¡Qué tarea tan difícil! Pero Moisés había visto al Dios de la gloria y no podía echarse para atrás. Aunque la incertidumbre y el temor trataban de aflorar en este sufrido hombre, la Palabra de Dios le fortaleció en su fe de manera que no dudó en enfrentarse a esta ingente tarea. Moisés venció el temor inicial, no por un ejercicio mental de repetir interminables mantras, sino por escuchar con sumisión la Palabra de Dios. El Señor le fortaleció diciendo: *“Ve, porque yo estaré contigo”* (Ex. 3:12); *“Y oirán tu voz...”* (3:18); *“pero yo extenderé mi mano, y heriré a Egipto con todas mis maravillas que haré en él, y entonces os dejará ir”* (Éx. 3:20).

Es así que la fe Moisés es probada una y otra vez cuando debe presentarse ante el Faraón, solo acompañado de una vetusta vara y de su hermano Aarón. La primera respuesta que Moisés recibe del rey no es muy alentadora: *“¿Quién es Jehová para que yo oiga su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejará ir a Israel”* (Ex. 5:2). Esto debió ser motivo para claudicar o al menos desmayar en el propósito de convencer al Faraón de que dejara libre al pueblo de Israel, pero Moisés estaba viendo al Invisible detrás de la incredulidad del rey, pues, esta sería usada por Dios para mostrar su ira y poder sobre Egipto: *“Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra”* (Ro. 9:17).

Pero la fe de Moisés volvió a ser probada cuando en respuesta a su solicitud ante el rey, este ordena que se agrave la opresión sobre el pueblo hebreo: *“Dijo también Faraón: He aquí el pueblo de la tierra es ahora mucho, y vosotros les hacéis cesar de sus tareas. Y mando Faraón aquel mismo día a los cuadrilleros del pueblo que lo tenían a su cargo, y a sus capataces, diciendo: De aquí en adelante no daréis paja al pueblo para hacer ladrillo, como hasta ahora; vayan ellos y recojan por sí mismos la paja. Y les impondréis la misma tarea de ladrillo que hacían antes, y no les disminuiréis nada; porque están ociosos, por eso levantan la voz diciendo: Vamos, y ofrezcamos sacrificios a nuestro Dios. Agrávese la servidumbre sobre ellos, para que se ocupen en ella, y no atiendan palabras mentirosas”* (Ex. 5:5-9). La respuesta del pueblo de Israel ante este agravante fue de rechazo y queja hacia Moisés y su hermano (éx. 5:20-21). No era fácil la tarea, pero debía cumplirla. El pueblo al que él quería salvar se volcaba en contra de él. Esto requiere un ejercicio de la fe que es capaz de mirar al Soberano moviendo los hilos de la historia para cumplir su propósito, aunque en apariencia la situación pareciera ser contraria y cada vez peor.

La fe debe ser probada, y no debe esperar recibir estímulo o ayuda de los hombres, ni siquiera de nuestros propios hermanos, como en el caso de Moisés, sino que debe fortalecerse sólo en el poder de Dios.

Ahora, Moisés regresó varias veces al palacio del Faraón para decirle que dejara salir al pueblo de Israel, e incluso para amenazarle con terribles plagas que efectivamente Dios envió sobre el pueblo egipcio. Pero no debemos considerar como algo simple el hecho de que Moisés visitara varias veces al Rey, pues, él corría el riesgo de ser apresado, torturado o de ser asesinado a una sola orden del Faraón. La fe de Moisés fue intrépida y sabiendo que se exponía a la cárcel o la muerte, obedeció la palabra de Dios y se enfrentó con un enemigo muy poderoso. “Tenía ante sí a un tirano sanguinario, armado con todo el poder de Egipto, amenazándolo de muerte si seguía haciendo el trabajo y el deber que Dios le había encomendado, pero estaba lejos de ser aterrorizado, o de que su deber disminuyera en lo más

mínimo, demostró la resolución de seguir adelante, y anunció la destrucción al propio tirano (John Owen)”².

Luego de la décima plaga enviada por Dios sobre Egipto, y previamente anunciada por Moisés al Faraón, este deja salir al pueblo hebreo guiado por Moisés. Pero, aunque los poderosos milagros y señales obrados por Moisés parecieran mostrar el escenario del éxodo como algo sencillo, la verdad es que la fe Moisés fue probada duramente, pues, siendo el Faraón un hombre tan duro de corazón, entonces no dejaría salir al pueblo de esclavos que le ofrecía mano gratis y le permitía hacer grandes construcciones, de una manera tan fácil.

Lo cierto es que el Faraón se levantó en terrible furia y, luego de ordenar la salida de Israel de la tierra de Egipto, salió airado a alcanzarlos en el desierto y causarles la final destrucción. Por un lado estaba el poderoso y bien abastecido ejército egipcio, mientras que en el otro lado estaba un multitud desorganizada de hombres que habían sido siempre esclavos, mujeres y niños. La lucha era desigual y, humanamente hablando, se presagiaba la destrucción total de pueblo hebreo. No obstante, siendo que Moisés no se mantuvo viendo las cosas que se ven con los ojos físicos, sino aquellas que son de carácter espiritual, él pudo confiar en el poder del Señor y decir al angustiado pueblo: *“No temáis, estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros; porque los egipcios que hoy habéis visto, nunca más para siempre los veréis. Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos”* (Ex. 14:13-14). “Moisés es el hombre de fe que le dice a la gente que no tema, que permanezca firme, y que vea cómo el Señor lucha por ella (vv. 13-14). Por la fe Moisés fue libre del temor porque él sabía que Dios estaba de su lado”³. “Temió tan poco a Faraón porque temía mucho a Dios”⁴.

“... *porque se sostuvo como viendo al invisible*”. El secreto de la vida de fe Moisés y sus grandes logros para el Reino de Dios se encuentra en que él se mantuvo viendo al Invisible,

² Pink, Arthur. An Exposition of Hebrews. Extraído de: http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_073.htm. En: Octubre 08 de 2011

³ Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 398

⁴ MacDonald, William. Comentario Bíblico. Página 1008

al mismo Rey de la gloria que se le había aparecido a Abraham, y se aferró resueltamente a esta visión. Su vida se caracterizó porque siempre reconoció al “...bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén” (1 Tim. 6:15-16). Este es el secreto de una fe victoriosa. La fe se fortalece solamente cuando conoce y contempla a aquel de quien ella proviene, no hay otra manera de hacerla crecer. Moisés tuvo la intrepidez de hacer grandes cosas para el reino de Dios porque su fe se fortalecía conociendo la voluntad de Dios: “Y dijo Moisés a Jehová: Mira, tú me dices a mí: Saca este pueblo; y tú no me has declarado a quién enviarás conmigo. Sin embargo, tú dices: Yo te he conocido por tu nombre, y has hallado también gracia en mis ojos. Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos” (Ex. 33:12-13). Moisés llegó a ser uno de los siervos más aguerridos en las manos de Dios porque él no se conformaba con tener un conocimiento superficial de Dios sino que le buscaba incesantemente y, por decirlo así, se aprovechaba de la gracia divina para profundizar más en la contemplación del Dios de la gloria, el Señor era su pasión y conocerlo de cerca era su ambición: “Él entonces dijo: Te ruego que me muestres tu gloria” (Éx. 33:18), “Y hablaba Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero” (33:11). El secreto de su fe victoriosa se encontraba en la vida de comunión con Dios.

Moisés vivía siempre con la conciencia de saber que sin Dios no podía hacer absolutamente nada. Él se consideraba inútil per se, de allí que se *mantuvo viendo al invisible*, esta era una acción continua. Él hizo que toda su vida dependiera de la presencia de Dios, él pudo decir con el salmista: “A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido” (Sal. 16:8). Ninguna otra cosa nos podrá permitir soportar las aflicciones que nos causan este mundo, Satanás y el pecado, sino el mantenernos viendo constantemente al invisible. Ahora, lo invisible no se puede ver, está oculto a nuestros ojos. Pero ¿De qué manera Moisés vio lo que no se podía ver? Solamente a través de la fe.

La fe de Moisés se fortaleció porque él conocía la Palabra de Dios. Él había escuchado Su revelación y ella catapultó la confianza y la disposición para continuar adelante en la vida.

Dios le había dicho: *“Ve, porque yo estaré contigo; y esto te será por señal de que yo te he enviado; cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, serviréis a Dios sobre este monte”* (Éx. 3:12). Los cristianos hoy día no debemos esperar a que eventualmente oigamos una voz del cielo, sino que tenemos más grandes privilegios que Moisés, pues, contamos con la siempre fresca y constante Palabra de Dios a través de las páginas de las Sagradas Escrituras, a través de las cuales conocemos más al Dios de la gloria y aprendemos a confiar en él, pues, *“...la fe es por el oír, y el oír por la Palabra de Dios”* (Rom. 10:17).

Aplicaciones:

- Así como el Señor prometió estar con Moisés en su tarea libertaria, Jesús ha prometido estar con su pueblo en la tarea de libertar a una nación de la esclavitud del pecado, del faraón Satanás y de la miseria de la muerte: *“...y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén”* (Mt. 28:20). Por lo tanto, debemos ser aguerridos en hablar de Cristo a los hombres, y en difundir su santo evangelio por doquier. Aunque algunos de nosotros experimentamos cierto temor cuando vamos a hablar de Cristo a otros, y algunos son demasiado tímidos para hacerlo, si alimentamos nuestro corazón con la promesa de Cristo, de seguro cobraremos fuerzas para hablar de él, incluso, ante los faraones que se oponen furiosamente al Evangelio.

- La fe y el miedo se oponen entre sí. Sin embargo, por extraño que parezca, frecuentemente habitan en la misma casa; pero donde la fe domina, el miedo está inactivo, y donde el miedo domina, la fe está inactiva. La actitud constante del cristiano debe ser: *“He aquí Dios es salvación mía; me aseguraré y no temeré, porque mi fortaleza y mi canción es JAH Jehová, quien ha sido salvación para mí”* (Is. 12:2). Lastimosamente hay una gran distancia entre lo que debería ser y lo que realmente es. Pero los cristianos somos confrontados por el ejemplo de Moisés para que ejercitemos la gracia de la fe y podamos decir con el salmista: *“En el día que temo, yo en ti confío”* (Sal. 56:3). Aunque muchas cosas en este mundo vengan sobre nosotros como poderosos gigantes, la fe perseverante se levanta victoriosa sobre las alturas y confía en el Dios de nuestra salvación de manera que el terror no nos paralice sino que, cuando más dura esté la prueba, cobraremos inusitado

valor y nos sorprenderemos de la intrepidez de nuestra confianza en el Soberano Señor. Muchos de nosotros tememos a cosas menores que la ira del rey: la oscuridad, la soledad, a veces, incluso, la caída de una hoja nos asusta. Aunque en algunas personas ese miedo forma parte de su constitución personal, en la mayoría, el temor viene como resultado de una mala conciencia, el cual les lleva a aterrarse hasta con su sombra. La mejor forma de vencer el miedo es cultivar el sentido de la presencia de Dios en nuestras vidas, confesar y abandonar nuestros pecados, pues *“Huye el impío sin que nadie lo persiga; más el justo está confiado como un león”* (Prov. 28:1). El miedo es el resultado de la desconfianza, de no ser consciente de que estamos bajo la protectora mirada de Dios, de ocuparnos demasiado en las dificultades y problemas. Pero recordemos que así como Dios le dijo a Moisés que estaría con él para defenderlo y ayudarlo en el cumplimiento de su tarea, Dios nos dice a nosotros hoy que no tengamos miedo de los hombres, del futuro, de la economía: *“Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré, de manera que podemos decir confiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre”* (Heb. 13:5-6).